



AÑO III

← BARCELONA 25 DE AGOSTO DE 1884 →

NUM. 139

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CANDOR, cuadro por J. Zenisek

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—CLAVES Y ZARZAS, por don Pedro María Barrera.—EL PILLUELO DE MADRID, por don E. Rodríguez Solís.—EN LA PLAYA, por don Eduardo de Palacio.—LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA, por A. G.
GRABADOS: EL CANDOR, cuadro por J. Zenisek.—LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler.—PAISAJE, dibujo por Marqués.—ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore.—ENTRE SCILA Y CARIBDIS, cuadro por L. Hoffmann.—SISTEMA DE TELEGRAFÍA MILITAR TROUVÉ.—Bobina y pila portátiles.—Reloj telegráfico.—Aparato acústico (parleur).—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA PAGA DE LOS SEGADORES, cuadro por L'hermitte.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Veraneo.—Los paseos de Madrid.—Los furiosos del estío.—Tormentas y cosechas.—Noticias literarias.—La línea férrea de Asturias.—Volemos.

Las pasajeras pero terribles tempestades de la canícula estremecen el cielo de España con sus truenos y le surcan con sus relámpagos. En muchas poblaciones de la Península hay que contar esa historia triste de lágrimas y miseria que consiste en la pérdida total de los bienes del labrador, confiados a los azares barométricos.

Más de noventa pueblos de las Castillas y Aragón han sido víctimas de los caprichos de la atmósfera. Una granizada que dura una hora, deja asolada la comarca, y el tesoro de las eras convertido en negros montones de cereales putrefactos.

El labrador, cuando siembra en el surco y esparce a voleo los granos de trigo, ignora si está labrando para la prosperidad de su casa ó para la ruina de todos los suyos.

* *

Hace pocas noches, paseando por las calles de la corte, me detuvo la armonía de un violin que ejecutaba las fúnebres notas de la *Danza Macabra* acompañada de un piano. Así como los invisibles hilos de una araña tendidos en el campo, entre dos árboles, al encontrarse con vuestro rostro, os producen la impresion de una red tendida entre vuestros pasos para deteneros, aquella red de notas me detuvo a mí.

Cerradas las puertas de las casas, sólo permanecían abiertas las de los cafés y de las tabernas; á través de éstas se veía algun grupo de bebedores contumaces en pié delante del mostrador con la última copa en la mano; á través de las de los otros veíanse los veladores de mármol vacíos, los mozos con la servilleta al hombro dormitando en algun rincón y tal cual pareja de esas que los amores fáciles atan con la cadena de una noche y luego al alba se separan sin recuerdos ni sentimientos. Oí algun reloj que daba la una, y el timbre metálico fué repitiendo esta hora muchas veces hasta que me detuve delante del café del Siglo. El violin ejecutante de la *Danza Macabra* se perdía en una serie de arpegios roncós, y el piano con graves acordes le seguía ayudándole en su faena músico-descriptiva. Soy yo hombre á quien estas impresiones callejeras cautivan con indomitable hechizo. Allí estuve delante de la puerta del café cerca del vendedor de periódicos que se habia dormido sobre un manojito de *Correspondencias* escuchando la *Danza Macabra* que es el poema de la muerte, escrito por un francés para que el oyente no se conmueva demasiado con el funeral argumento. Cuando acabó la música y el café se quedó silencioso, se destacó en el silencio una voz chillona que prosiguiendo á lo que parecia una discusion acalorada, dijo:

—No hay nadie como Zola.

Hallábame en un círculo literario y me propuse aprovecharme de la circunstancia para recoger algunas noticias que apuntar en mi crónica.

Allí supe que este año el Teatro Español tendrá dos compañías, una de drama y otra de comedia.

Esto es lo mismo que decir: ya que no puedes, llévame á cuestras. No hay actores para hacer una buena compañía, pues hagamos dos.

Ceferino Palencia escribe una comedia para el Teatro Español; Sellés, que pasa el verano en su casa de campo de Oporto, planea un drama que se propone tener terminado para octubre.

Anúnciase la publicacion de una revista quincenal en la que algunos jóvenes escritores harán dura campaña en favor del naturalismo.

* *

Como este año ha salido poca gente de Madrid á veranear, los paseos, á la hora en que el sol se va y el fresco viene, se hallan concurridísimos y animados.

Hay quien prefiere el Retiro, parque familiar de Madrid, donde por las mañanas se ven millares de niños haciendo resonar bajo los túneles de follaje sus inocentes carcajadas.

Hay tambien quien busca lo solitario, lo triste, lo funeral, avenidas cuyo suelo cubre sombra perpetua y entre cuyas prolongadas filas de álamos no se descubre grupo alguno de los que forman la alegría y el amor.

Paseo de melancólicos parece visto desde fuera á través de las verjas y entre las filas de troncos de árboles que se congregan y alinean para formar alamedas y plazoletas. Pero si entramos dentro y os digo que donde nos encontramos es en el Jardín Botánico y avanzais entre aquella atmósfera húmeda, creereis conmigo que más bien que museo donde la ciencia impera y bajo sus

rayos protectores la naturaleza se desarrolla, parece un pudridorero de plantas, y los cartelones que las adornan epitafios bajo cuyo peso ellas se van muriendo. Los bancos de piedra están verdi-negros y mohosos y las estatuas de Carrara que tratan de eternizar la gloria de media docena de sabios herboristas y químicos, se sienten vencidas por el reuma que trepa, sube, tapiza, mancha y coloreá de sangrientos festones la carne blanca de las estatuas. Lástima da y frío ver al buen Cavanillas, cuya venerable fisonomía tiritá helándose sin que la capa de piedra que le cubre sirva á preservarle del invierno perpetuo. Frío da el mirar las verjas que se descomponen lamidas del agua y del tiempo que con invisibles labios desgastan lentamente sus esquinas. Las fuentecillas con el agua estancada en sus pilones enseñan allá abajo, tras el turbio cristal, una rojiza masa algodonosa de yerbajos lustrosos y mal-olientes, que se diría terciopelo podrido. En medio de los grandes arriates circulares hay alguna ninfa de piedra, con una mano de ménos, la nariz carcomida, ó un grupo de faunos que mojan sus piés en un charco y se descomponen lentamente. Allí reinan el reuma y una muerte que no sólo acaba con la vida de la carne sino con la ménos percedera de los mármoles. No avancemos, no avancemos más hasta encontrarnos con la larga galería donde una mano enemiga de la curiosidad ha enturbiado adrede las transparentes láminas de cristal. Por los intersticios y rendijas se ven pájaros muertos depositados en ataúdes de vidrio, peces y conchas flotantes en bocales de alcohol, y lo que es más horrible, una familia de momias, los pelos erizados y los miembros contraídos que con un vocabulario sin sonidos y en un idioma sin palabras se cuentan algo cruel y medroso. Todo es allí muerte, helazon, el triunfo de la humedad, el frío. Nada ha podido resistir la invasion de estos agentes de la tumba. Hasta un hombre vivo, el único que se aventura en aquellos parques mojados, trae en el semblante la caducidad y el sello del sepulcro, y cuando con una regadera mecánica reparte el agua en los hoyos de las plantas, no parece echarles la salud y la vida en los transparentes chorros, sino un responso de olvido y muerte, salpicado de agua bendita. La salud, la vida, la prosperidad parece estar reasumidas y gozadas exclusivamente por algunos monstruosos árboles de obeso tronco y nudosas ramas. Ellos florecen, se desarrollan, acaparan el aire respirable y se apoderan con sus altas copas del sol que llega, pero no dejan pasar ni un rayo al suelo, ennegrecido de tanta humedad, que guarde memoria de toda pisada. Si el amor va allí, imaginando que tanta soledad y tanta sombra son para sus goces el deseado palacio, tiene bien de qué arrepentirse, y, entristecido, huye presto: tal soledad es la de la tumba, tanta sombra es la de la tristeza. El amor necesita ampararse con la capa de la noche, que es negra pero estrellada, discreta y alegre.

* *

La corte está en Asturias donde ha ido á inaugurar la vía férrea del puerto de Pajares.

Esta obra de la audacia y de la ciencia asombra al viajero. Parece haber borrado del idioma la palabra precipicio, porque pone el camino sobre lo inaccesible. El túnel de la Perruca es un cuento de hadas. La piqueta del ingeniero ha perforado toda una cordillera y el Pajares, monstruo de risco y nieve, terror del viandante, que levantaba entre las nubes su cabeza erizada de témpanos, ha tenido que rendirse y entregar al hombre la llave de sus caminos.

* *

Otra conquista de la ciencia ha anunciado el telégrafo y confirmado la prensa de París. A ser verdad estas noticias, la direccion de los globos está resuelta.

Al hombre le han nacido alas. Al mismo tiempo que se verificaba en París la prueba del nuevo aparato de la navegacion aérea, en el jardín del Buen Retiro un huracan violentísimo desgarraba la seda del globo en que tres funámbulos iban á subir á los cielos en cuerpo y alma.

Si el problema está resuelto, no hay que dudar que el globo habrá dejado de ser el torniquete del acróbata para convertirse en el vehículo de la humanidad.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL CANDOR, cuadro por J. Zenisek

Hay muchas maneras de bellezas por lo mismo que cada uno se figura la belleza á su manera. A pesar de lo cual tenemos la conviccion de que el tipo de belleza que hoy publicamos no ha de ser controvertido por estético alguno.

Y es que, admitiendo, como generalmente se admite, que el semblante es el espejo del alma, aquel semblante será más bello para la generalidad que exprese una virtud, sentimiento más generalmente simpático. Así, por ejemplo, un busto de Mesalina podrá ser, y debe ser, un tipo de hermosura, pero si el autor está en lo cierto, esa hermosura ha de ser la hermosura repulsiva de la lascivia que contribuye á arrastrar por el lodo la púrpura cesárea.

Todo lo contrario sucede al contemplar á la jóven de nuestro grabado. Su beldad es ingenua, su mirada respira

dulzura, sus labios no pueden haber besado sino á su madre; es el verdadero tipo del candor, esa virtud que tan bien sienta á las jóvenes en general y á las jóvenes agraciadas en particular.

LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler

En todos tiempos el arte pictórico ha empleado la alegoría para representar las ideas y aun los hechos ciertos y ocurridos. Los dioses del paganismo no son otra cosa que alegorías de ciertas ideas y hasta de las pasiones que afectan á la humanidad. Vénus es la personificación del amor y como el amor es hermosa; Minerva es la encarnacion de la ciencia y como la ciencia es severa; Saturno es la imagen del tiempo y como el tiempo es viejo y se le representa armado de la guadaña con que sacrifica á sus propios hijos. Y es de observar que, por regla general, cuanto significa belleza, produccion, virtud ó progreso, se halla simbolizado por una mujer; lo cual prueba que, á despecho de las declamaciones de los impertinentes y de los libertinos, siempre se ha creído que las mujeres valian bastante más que los hombres.

Hoy ya no se inventan dioses; pero no por ello se apele ménos á la alegoría, y la de nuestro grabado, que representa la electricidad, está tan bien concebida como elegantemente ejecutada. Ese foco esplendente que disipa las tinieblas de la noche lo produce la chispa, lo produce el rayo fabricado por el hombre, atraído á un punto dado por la fuerza de la ciencia y allí encadenado y puesto al servicio de sus antiguos siervos. Ese hilo insignificante, que guarda otro hilo más insignificante aún al parecer, es el conductor de una fuerza misteriosa que hoy ha hecho desaparecer las distancias y mañana hará inútiles todas las demás fuerzas impulsivas; esa tenue plancha que parece un fragmento de papel de estaño sacado del cuello de una botella, aprisiona instantáneamente la voz humana, guarda lo impalpable, reproduce lo invisible y demuestra que la frase *no puede ser* ha sido completamente suprimida por el hombre.

La alegoría, pues, cumple del todo su objeto y su autor ha demostrado que aquello que se dió en llamar *árida ciencia*, puede convertirse en fuente de inspiracion para el poeta y para el artista. Díganlo, sino, nuestro Melchor Palau y el pintor de la alegoría de la electricidad.

PAISAJE, por Marqués

ADQUIRIDO POR EL TENOR ANGELO MASINI

(Exposicion París)

Marqués pertenece al número de los paisajistas para quienes la naturaleza tiene una poesía susceptible de ser reflejada por el lienzo. Cuando un pintor posee del arte cuantos medios reglamentarios, mecánicos digámoslo así, enseña el maestro á sus discípulos, dista aún mucho de ser un artista; como el alumno que tiene al dedillo la retórica y poética que cursó en las aulas, puede muy bien no ser, ni con mucho, un gran orador ó un gran poeta. Para blasonar de la posesion del *algo divino* que caracteriza al genio, es indispensable una inspiracion, un impulso involuntario que, á la vista de ciertos espectáculos ó bajo la influencia de ciertos argumentos, diga al pintor: —¡Detente!... ¡Hay aquí de qué producir lo bello, lo grande, lo sublime!...—Sentir y hacer sentir: hé aquí el arte.

Ese sentimiento, Marqués lo posee y lo trasmite. Véase, sino, el paisaje que hoy publicamos: la composicion no puede ser más sencilla; sin embargo, tiene luz, tiene aire, tiene frescura, y estamos por decir que tiene armonías, las armonías de las aves que pasan desde esos árboles en que trinan á las pedregosas orillas de ese riachuelo, manso como un lago, trasparente como un espejo.

El célebre Masini compró este cuadro apenas expuesto. ¡Dichoso él que cuantas noches canta puede comprar, si se le antoja, una obra de arte!...

ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore

En el número 69 de la ILUSTRACION ARTÍSTICA publicamos una reproduccion del grandioso grupo de Pfahl, representando á Andrómeda en el momento de ser liberada por Perseo. En la pág. 131 de nuestro tomo segundo se encuentra la explicacion del hecho y á ella nos remitimos.

La estatua de Andrómeda que hoy publicamos no forma parte de una composicion de tan grande aliento como aquella, pero reúne verdaderas condiciones artísticas así en lo expresivo del semblante como en lo natural de la actitud y la bella modelacion del cuerpo. La hermosa hija de Cefeo se encuentra sujeta á la roca que bañan las olas, y entre estas aparece la horrible cabeza del monstruo, dispuesto á devorar á la inocente víctima.

Aunque el asunto ha sido tratado por diversos artistas, por lo mismo que se presta grandemente á ello, la estatua de Bonamore demuestra que su autor posee en alto grado el don precioso de animar á las piedras.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS

Cuadro por L. Hoffmann.

Si donde hay un hueso que roer aparecen tres perros, nada tiene de particular que donde haya un bizcocho que zamparse acudan dos gallos.

Después de todo, la situacion comprometida resulta para el propietario legítimo del bizcocho; lo cual nada tiene de particular; la doctrina de Proudhon ha tenido

siempre partidarios entre los gallos perezosos y valentones.

El lindo cuadro que publicamos es simpático y su ejecución todo lo embellecida que cabe dentro de un asunto que no permite tender muy alto el vuelo del genio. El lugar de la escena parece un pedazo de paraíso, y la figura dominante, el niño asaltado por los gallos, es de una expresión y efecto completos.

Sin que la obra revele grandes pretensiones, su autor ha demostrado que cabe hacer algo interesante con elementos los más humildes dentro del arte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA PAGA DE LOS SEGADORES
Cuadro por L'hermitte.

Honradamente ganaron su salario: con el sudor de su rostro compraron el pan para sus hijos. Son los héroes del trabajo, héroes para quienes la fama no tiene trompetas, ni la historia páginas.

A buen seguro que muy pocos, ninguno probablemente, de nuestros lectores, cambiaría su suerte por la suerte de esos segadores humildes, que inconscientemente nos prestan uno de los beneficios más generales para la humanidad. Sin ellos las espigas se pudrirían en sus tallos; sin ellos, sin su ruda faena, la planta no sería trigo, el trigo no sería harina, la harina no sería pan.

Pan comen, á su vez, los segadores; pero ningún pan como el de ellos es regado con el sudor del trabajo. Si entre las maneras de ganarse la vida honradamente hay alguna que pudiéramos llamar más noble, el segador debería reclamar para sí esa ejecutoria verdaderamente secular.

Sin duda por esto el autor de nuestro cuadro, sin dejar de ser realista, ha idealizado á su manera al segador, presentando de él diversos tipos, todos expresivos y simpáticos; el anciano aun vigoroso gracias á las virtudes que imprime la laboriosidad; el esposo que se apresura á dar cuenta de su salario á la madre de su hermoso hijo; el mancebo que parte, con la guadaña al hombro, en busca del salario de mañana; y el jóven que descansa apoyado en su instrumento de labor y para cuya familia la siega es el capital con que el verano pródigo precave los rigores del invierno adusto.

El cuadro de L'hermite es una égloga de asunto virgiliano á que ha dado forma pictórica un artista de corazón.

CLAVELES Y ZARZAS

Haz cuenta, lector, de que estamos en el pintoresco valle de Loyola, que es uno de los sitios más deliciosos de las inmediaciones de la capital de Guipúzcoa.

Haz cuenta de que en una de esas blancas caserías que medio se esconden entre los árboles, tanto en la llanura como en las ondulaciones y declives de las montañas que limitan el valle, vive Margarita, hermosa muchacha que cumplió en mayo sus diez y siete años, acompañada de su abuela, anciana conocida con el mote de la Lirona, porque á pesar de sus propósitos de hacer lo contrario, se pasa la vida durmiendo.

Haz cuenta de que la hiedra que cubre toda una pared de la casería y ha conseguido introducir algunos de sus largos tallos por la ventana de la alcoba de Margarita, y la hermosa maceta de claveles que hay en la ventana, y los manzanos de la heredad, y el maíz que verdea en un buen pedazo de la misma, y la vaca lustrosa que saca la tripa de mal año en el campillo que se extiende delante de la puerta de tan alegre vivienda, están á cargo del dueño de aquella otra que se ve en la orilla del Urumea, laborioso y honrado moceton á quien llaman Gil Larraza, que ha dado en la manía de que la vaca, y el maíz, y los manzanos, y la hiedra, y los claveles de Margarita han de ser lo mejor que haya diez leguas á la redonda.

Haz cuenta, por último, de que Gil anda que bebe los vientos por su vecina, y que su vecina maldito el caso que le hace, por cuya razón siempre que él se propasa á hablar de la necesidad de que los hombres quieran á las mujeres y las mujeres á los hombres, ella le asegura que le basta con querer su maceta de claveles como á las niñas de sus ojos.

Un domingo por la tarde llegó á la casería un jóven de semblante agradable y gallarda presencia, pidiendo un vaso de leche que le sirvió de pretexto para pasar más de dos horas sentado á la sombra de un manzano, viendo dar cabezadas á la abuela y hablando con la nieta, y para demostrar que pagaba generosamente lo que tomaba en cualquier parte. Entre sueño y sueño, notó la anciana que la muchacha había estado muy habladora y que aquel jóven la miraba con un ahinco que no parecía sino que hubiera deseado poder volverse todo ojos para contemplarla mejor.

Cuando quedaron solas, la Lirona pensó preguntar á su nieta si conocía al forastero; pero en aquel momento se quedó dormida, y como es consiguiente, la pregunta se quedó también para mejor ocasión. En esto acertó á pasar por una senda cercana, arreando á un borriquillo, un pobre viejo que todos los días bajaba á San Sebastian desde unas huertas de la parte de Ametzagaña, con una

carga de hortalizas y frutas. Iba cantando la siguiente copla:

Niña, guarda la llave
de la inocencia,
que si una vez se pierde
ya no se encuentra.

Margarita se quedó pensativa un momento y entróse en la casería, mientras su abuela, mitad dormida y mitad despierta, refunfuñó estas palabras:—Por ahí va Anton Indirectas.

(El autor al lector.) Como yo deseo que seamos buenos amigos; como lo soy tuyo; y como entre amigos no debe haber secretos, aprovecho este momento para decirte que Anton, el que arreaba al borriquillo, no era conocido más que por el apodo de Indirectas, en atención á que todos sus convecinos le atribuían la cualidad de no pronunciar palabra que no tuviera segunda intención y que no fuera dirigida á alguna persona que pudiera escucharla.

El domingo siguiente volvió el jóven de semblante agraciado al valle y volvió á tomar leche y volvió á sentarse á la sombra del manzano, y cuando al cabo de dos horas echó á andar para ir á Hernani, donde vivía según dijo, Gil Larraza que casualmente había pasado la tarde con sus vecinas y el forastero, á pesar de ser en él ajeja costumbre celebrar las fiestas jugando en San Sebastian á los bolos ó á la pelota, y bebiendo cerveza con varios amigos, estaba de un humor de todos los demonios.

El viejo del borriquillo pasó, como de costumbre, y al emparejar con la casería de la Lirona, entonó esta copla, que le supo á Gil á cuerno quemado:

Son los celos un guiso
que comen muchos,
y que al sabio más sabio
cambian en burro.

La Lirona, curiosa como mujer, y maliciosa como vieja, se propuso averiguar diplomáticamente lo que Gil tenía; pero su voluntad, como siempre, resultó estéril, porque se durmió antes de poner su plan por obra. Si no se hubiera dormido, siete días más tarde, ó sea al amanecer del domingo siguiente, que por cierto no fué á beber leche el forastero, hubiera podido decir para sus adentros, sin faltar punto ni coma á la verdad:—El lunes estuvo Gil muy taciturno. Y el martes más que el lunes. Y el miércoles más que el martes. Y el jueves más que el miércoles. Y el viernes más que el jueves. Y el sábado más que el viernes. Y hoy hasta media tarde era cosa de no poderse ya sufrir su mal humor, y desde media tarde me he visto negra para poder sufrir su alegría. Todo esto, y la circunstancia de no haber venido á beber leche ese jóven que paga con tanto desprendimiento, están diciendo á gritos que Gil Larraza anda enamorado de Margarita y que tiene unos celos morrocotudos.

(El autor al lector.) En confianza debo decirte que si el forastero no fué á tomar el consabido vaso de leche, no deberemos echarle á él toda la culpa, porque Margarita, á la que veía todos los días no feriados en San Sebastian, le había suplicado que suprimiera la visita de los domingos por la tarde. Dicho que se veían todos los días en San Sebastian, está dicho que cuando el forastero había indicado que vivía en Hernani, había cometido el feo pecado de no decir la verdad; pero tampoco esto era culpa suya, porque también lo dijo por consejo de Margarita. Y de esto que te cuento en confianza, puedes tú deducir que, á pesar de ser una mosquita muerta, muy honesta y muy ruborosa, Margarita decía otra mentira de tomo y lomo cada vez que aseguraba á Gil Larraza que á ella le bastaba con querer su maceta de claveles.

El amor del guipuzcoano á su vecina era vehemente, como todos los que germinan en un corazón virgen y generoso. La influencia que Margarita ejercía en el espíritu del mancebo llegaba á tal punto, que bastaba un gesto ó una palabra de la muchacha para que las tempestades del pensamiento huyesen de la frente de Gil, como huyen las sombras de la noche á la llegada de la aurora. Declinaba la tarde del domingo en que faltó el forastero de la casería, y Gil se despidió de la abuela y la nieta, internándose entre árboles por una sendita que ponía en comunicación la vivienda de aquellas con la de éste. Llegó á su casa: cenó con gran apetito *horona*, sardinas y manzanas; trago va, trago viene, se bebió una botella de *sagardía*; y encendió su pipa, acostándose muy satisfecho al poco rato, con la idea de dejar la cama apenas despuntase el alba, para ir á trabajar en los terrenos de sus vecinas y sacar la vaca á un prado que estaba diciendo «comedme.»

Y así sucedió. A la indecisa claridad que precede al crepúsculo matutino, Gil echó á andar senda arriba, con la azada al hombro, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró detrás de la casería de Margarita, donde se detuvo bastante tiempo arrancando algunas hierbezuclas y campánulas que habían tenido la mala ocurrencia de brotar casi escondidas entre unas matas de judías y tomates. Engolfado se hallaba en esta faena cuando oyó un ruido muy semejante al que produce una ventana que se cierra: dió vuelta á la casería y no vio á nadie. Sacó la vaca, la llevó al prado, y volvió al campillo que hacia veces de plazoleta.

Entonces creyó escuchar el trote de un caballo que se alejaba y, sin darse cuenta de ello, corrió á todo correr

por entre los manzanos que limitaban á un reducido espacio el alcance de su vista y en breve ganó la altura de una colina, desde la cual dominaba por un lado el camino y por el otro las dos orillas del Urumea. Léjos, muy léjos, en dirección á Astigarraga, divisó á un jinete que no pudo conocer. Y cerca, muy cerca, el viejo del borriquillo, con su carga de fruta y hortalizas entonó, como quien no dice nada, la siguiente copla:

Vigila bien la viña
que tú cultives,
no sea que un goloso
te la vendimie.

¡Bueno estaba Gil para reparar en coplas! Volvió al campillo con el pecho oprimido, se sentó junto á un árbol, y escondiendo su cara entre las manos, comenzó á sollozar. Mil dolorosas sospechas golpeaban su frente con la violencia que cae el martillo sobre el yunque, impulsado por el vigoroso brazo del herrero: mil ideas absurdas nacían y tomaban forma en su cerebro con la rapidez del relámpago, desvaneciéndose empujadas por otras ideas que nacían y se desvanecían del mismo modo que las anteriores. Dios sabe lo que hubiera durado el conflicto moral del mancebo, á no conjurarle la dulce voz de Margarita, que dijo desde la ventana:

—Buenos días, Gil.
—Buenos días.

—Sube un momento á ver mi mata de claveles.

No hubo necesidad de repetir la invitación. Rebosando júbilo entró el jóven en el dormitorio de su amada, y se acercó á la ventana, donde le esperaba Margarita.

—Mira que capullos tiene.

—Muchos; pero ¿quién ha andado en esta maceta?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no está como yo la dejé la última vez que la ví. Esta tierra es más negra que la que tenía.

—¡Ya lo creo! y mucho mejor. Es una capa de mantillo que le he puesto para que medre más la planta.

—¿Y quién te mete á tí en lo que no entiendes? Has traído tierra recogida al pié de un zarzal que en ella había dejado caer sus semillas y mira cuántos brotes de zarza van saliendo.

—¡Ay, qué gracia!... ¿No ves que son rosalitas?

—No estás tú mal rosal. Déjame que arranque toda esta broza.

—No le toques, Gil.—Repito que son rosales. El que me lo ha dicho lo sabe bien.

—¿Y quién te lo ha dicho?

Margarita se puso encendida como una cereza y contestó:—¡Nadie! á tí ¿qué te importa?

—Pronto te quedas sin claveles,—repuso Gil, echando á andar con el mismísimo humor de todos los demonios que la tarde en que dejó de jugar á la pelota y de beber cerveza por ver al forastero que iba á la casería á beber leche.

La Lirona había oído el altercado, y con toda la sabiduría del que sabe dónde le aprieta el zapato, pensó acercarse á su nieta y endilgarle este discursito:—El que no está fuerte en materia de plantas confunde fácilmente los tallos de las zarzas con los de los rosales. Sucede con esto lo que con el amor: las muchachas no distinguen el fingido del que es emanación del alma. Arranca ó deja de arrancar esos brotes que llenan la maceta; pero ten por cierto que así como yo sin equivocarme podría decirte, si llegase el caso, «ese hombre te quiere» ó «ese hombre te engaña», Gil tiene motivos para saber que lo que tú llamas rosales no es otra cosa que un semillero de abrojos.

Desgraciadamente, sucedió lo que siempre sucedía: la Lirona se durmió y el discursito se le quedó dentro del cuerpo.

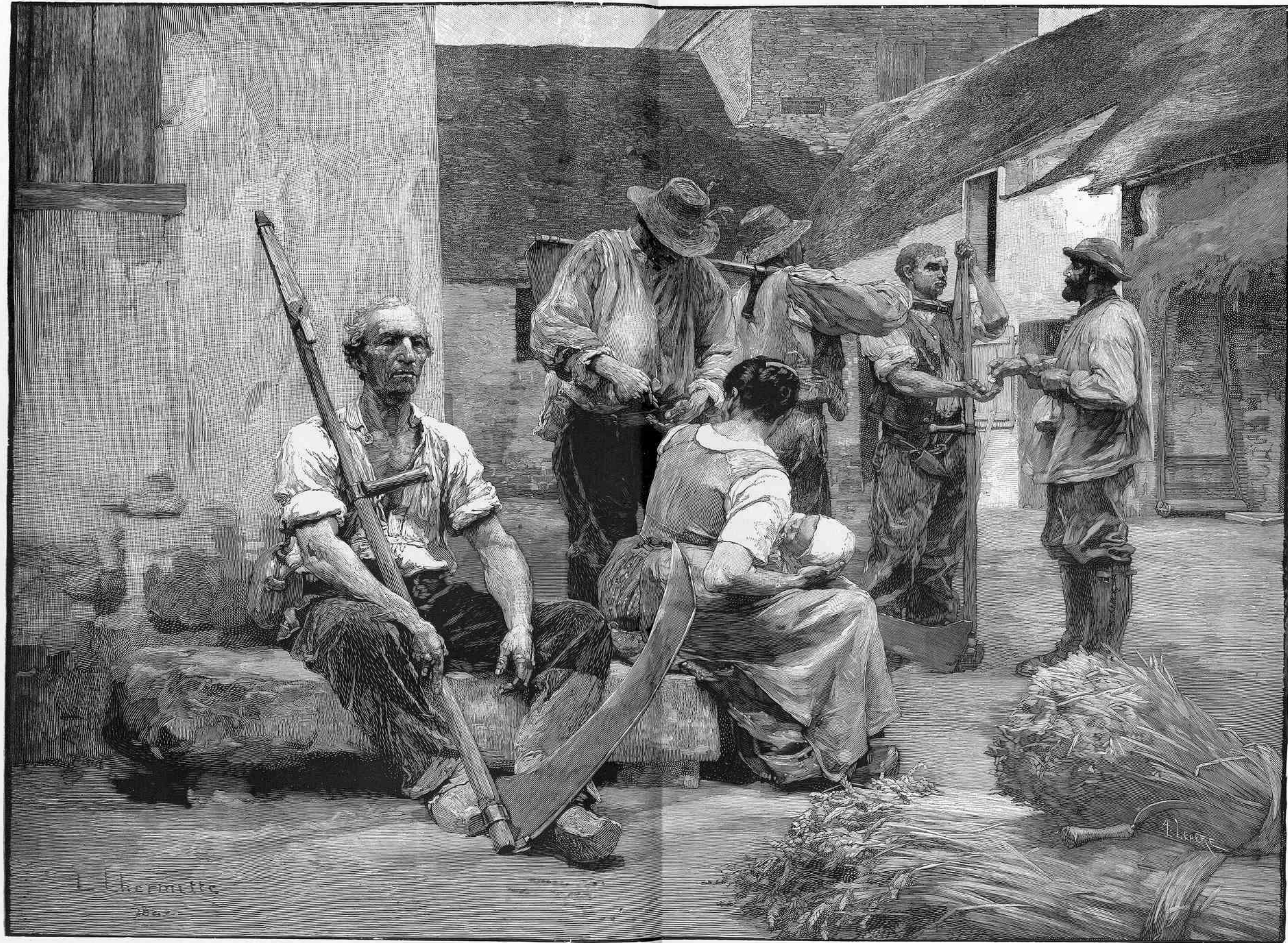
(El autor al lector.) El ruido que oyó Gil, muy semejante al de una ventana que se cierra, y el jinete que léjos, muy léjos, vió en dirección á Astigarraga, prueban que Margarita y el forastero habían pasado la noche en plática amorosa, ó diciéndolo en andaluz, para mayor claridad, *pelando la pava*. La razón de negarse Margarita á que se tocara á su maceta, era que el forastero le había llevado la tierra negra, asegurándole que le llevaba mantillo comprado á un jardinero. Después le aseguró que lo que brotaba era producto de semilla de rosales. El forastero mentaba como un chino al asegurar lo uno y lo otro.

Gil había dicho la verdad: el amante incógnito de su amada, había tomado el llamado mantillo al pié de unos zarzales y la maceta se iba llenando de zarzas. Por último, Margarita sabía que Gil no la había engañado nunca, y sabía también algo de zarzas, mantillos y rosales: pero la pobre chica estaba enamorada hasta los tuétanos del jóven de gallarda presencia y semblante agraciado, y ya se sabe que la mujer enamorada no sabe, ni oye, ni entiende, ni cree más que lo que tiene por conveniente que crea, entienda, oiga y sepa el que ha logrado cautivar su albedrío.

Durante algunos días no ocurrió nada de particular. La Lirona continuaba viviendo para dormir: Gil llegó á convencerse de que nadie había aconsejado á Margarita que no tocara á la maceta, y de que el jinete de marras no tenía más conexión con la jóven que la imaginaria que él, con sus celosas sospechas, le había dado. Seguía el buen Larraza trabajando con el incansable tesón de vascongado. Margarita continuó yendo sola á todas partes con la libertad que se acostumbra en el país. Hacia tiempo que Gil tenía pensado bajar á Loyola á comprarse unas abarcas



LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler



LA PAGA DE LOS SEGADORES, CUADRO POR L. LHERMITTE

EXPOSICION PARÉS



PAISAJE, por Marqués (ADQUIRIDO POR EL TENOR ANGELO MASINI)

Pero la mayor delicia de Marcial es pregonar el periódico con el gran discurso de Castelar, burlando á la policía que le persigue y corriendo calles y plazas, apareciendo y desapareciendo como un fuego fátuo, orgulloso por creer que su débil voz es la campana revolucionaria que llama al pueblo á las armas.

Los días en que los papeles no traen cosas gordas que *vocear* y en que no hay peligro que correr, Marcial apenas se ocupa de ellos.

¿Qué hace entonces?

Vender las famosas cajetillas, ó cromos á cinco céntimos la docena, ó la cuestión de los quince, ó las *Memorias de Frasuelo*, ó relojes «que en la tienda están marcados en cuatro mil reales!!!» y que él ofrece á perro chico.

* *

Marcial se alaba de haber servido de modelo á Plasencia para uno de sus cuadros, y refiere que las botas que el gran pintor le regaló al mirarle con los pies desnudos, le fueron robadas una noche teniéndolas puestas.

—¿Y tú qué hiciste?—le preguntó un discípulo de Plasencia.

—Perdonarle. De seguro le hacian más falta que á mí... Y además, me estaban un poco estrechas y lo primero es la comodidad.

* *

Marcial es revolucionario sin saberlo, por instinto. Se entusiasma con los *nihilistas* rusos, con los *socialistas* alemanes y con los *rojos* franceses. Odia á la *burguesía* y detesta á la nobleza, y sin embargo... ¡quién sabe si á un burgués y á una aristócrata deberá la vida!

Nuestro pilluelo conoce á todos los ganchos, timadores, espadistas, mañeras, matuteros y chamiceras de Madrid y áun de España. Comprende algo de la jerga de los presidios, distingue el canto flamenco, sabe requebrar á una barbiana, y baila, si llega la ocasión, arrojando al aire la caña de Manzanilla!

¡La Manzanilla!... ¡El Jerez!... Para Marcial estos dos líquidos son la Eva y el Adán del género humano. Sin ellos ni la mujer ni el hombre existirían.

* *

Marcial no falta nunca á la primera corrida de novillos, sin que nadie pueda explicarse el cómo: ni á la romería de San Isidro, á comprar el indispensable pito de cristal con grandes flores de trazo y las sabrosas rosquillas de la verdadera Tia Javiera; ni á las verbenas, á comer *churros* y tomar media copa de Chinchon; ni á las ferias, á obsequiarse con una gran tajada de dorado melon ó roja sandía; y en ocasiones hasta va al Escorial en los trenes de recreo de los domingos!... ¡milagro sólo comparable al sublime de pan y peces!

Para terminar, Marcial es guerrero, artista, mendigo, filósofo, comerciante, pródigo, soñador, obrero, sibarita, revolucionario, noble, mísero, rico y pobre, todo en una pieza, una enciclopedia social.

Tal es á grandes rasgos, la verdadera efigie del pilluelo de Madrid, de esta celebrísima y nunca bien ponderada corte de los milagros, como la apellidó el poeta, sima profunda, pozo sin fondo, nuevo y grandioso tonel de las Danaidas, siempre lleno y siempre vacío al igual del famoso de la mitología.

E. RODRIGUEZ SOLIS.

EN LA PLAYA

Parece este el título de una poesía, pero no lo es, sino el de unas playeras en familia; apuntes de bañistas, tomados del natural, próximamente, según calificación que de un boceto hace su autor, que es un artista muy consecuente.

¡Cuánta poesía encuentra el sentido viajero y fiel observador en la orilla del mar, durante la temporada de baños!

En las playas del Océano ó del Mediterráneo nos reunimos todas las personas más escogidas de Madrid.

Las de N., las de P., las de X.; los conocidos (por su desgracia) señores Tal y Cual, representantes de la tribuna, del arte, de la literatura, de la política; los niños hijos de las de N. y los hijos de las de P. y de la banca, de la milicia y demás; todos están en la playa.

Allí se juega moralmente, se fraterniza, se baila; *echan* comedias (á perder), disponen jiras no más alegres entre los concurrentes al indicado sitio durante los meses de verano.

Resulta de aquellos baños son varios maridos, algunos futuros banqueros, magistrados y generales del porvenir.

Porque durante los días en que se reúnen y alternan ó

toman la alternativa ciertas familias, adquieren relaciones provechosas para unos y desgraciadas y perjudiciales para otros individuos.

Amores que nacen y se amamantan al dulce arrullo de las aguas del mar, son los más románticos ó los más naturalistas, según la clase de las parejas enamoradas.

Ya habrán leído Vds. en novelas escritas al alcance de todas las fortunas, y en coplas sentidas, que las brisas del mar cuando soplan, acarician.

Que la luna riela así como los poetas de nacimiento ó poetas por algun accidente desgraciado como golpe ó susto escriben, y así como las yuntas aran y viceversa.

También saben cuantas personas han leído algo, aunque sea poco, en libros de cualquiera de los géneros literarios mencionados, que el mar usa ondas de plata, como nuestras chulas de Madrid las usan formadas con sus propios cabellos.

En la playa prescinden los bañistas, generalmente hablando, de las exigencias y prácticas tiránicas de la sociedad en las grandes poblaciones.

—¿Usted ha estado en Buitrago de asiento?—preguntaba una señorita del ramo de cursis á un caballero que la miraba con buenos ojos.

—De asiento no, estuve de *tourista*.

—¿Y qué empleo es ese, aun cuando esté mal preguntado?

—Lo ha preguntado V. muy bien, señorita.

—Gracias, favor que V. me dispensa.

—*Tourista*, en lengua casi francesa, es como viajero.

—¿Viajante?

—No, viajero, lo cual varía.

—Pues en Buitrago, si V. ha estado allí, habrá visto que no hay esto.

—Mar? todavía no.

—Quiero decir, esta franqueza, este trato: allí hay más exigencias... No puede V. salir á la calle con una falda de percal...

—¿Yo? Tampoco podría salir aquí en ese traje.

—Es un suponer: todos y todas le critican.

—Es un martirio como el de San Anton.

—Que la sale á una novio: pues ya hay tela cortada para la murmuración: ya V. ve; ¿qué tiene de particular, y no hablo por mí, que á una muchacha le salga un novio?

—Nada; lo extraño es como no les sale á algunas la guardia civil y las prende.



ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore

Esta galantería de playa penetra, explicada y sentida, más que un dardo en el corazón de la jóven.

¡Pobres chicos!

En principios de este año los he visto ya casados.

«¡Si habrán salido á veranear!» he pensado varias veces.

Y luego dejándome llevar de la duda respecto á los ejercicios espirituales del matrimonio, he añadido:

«¡Les parecerán ahora la luna de plata y las brisas del mar caricias, ó el astro nocturno una torta con chicharrones y las brisas navajas de afeitar!»

De las playas han salido directores de diversos ramos, subsecretarios y hasta ministros.

Allí no se puede hacer más para distraerse, que jugar al monte, á la ruleta ó á la política ó á los novios.

He visto en una ocasión á dos personajes importantísimos sumergidos en aguas del Océano, con el agua al cuello, conspirando.

Una conspiración naval, entre un general y un paisano.

—Seamos cautos—decía uno—que pueden oírnos.

El otro miró en derredor y no vió más que á un besugo que jugueteaba allí próximo.

—¿Quién será ese?—preguntó el más prudente, no de los besugos, de los dos conspiradores.

—Por si acaso suspendamos la conversación, que las paredes oyen.

—Aquí no hay paredes, pero...

—Es igual: que los besugos oyen.

En otra ocasión he sorprendido á un caballero que nadaba persiguiendo á otro.

El que marchaba delante era un ministro: el otro un pretendiente que le escoltaba para captarse las simpatías de su excelencia.

—Al que le toque al pelo de la ropa, le parto,—me dijo el pretendiente.

—En este momento sería muy difícil.

Y luego, cuando conseguía alcanzar al ministro, le interrogaba con sumo cariño:

—¿Quiere S. E. alguna cosa?

—No, muchas gracias: es V. un tiburón—replicaba el Excmo. señor.

—Nado regularmente.

—No lo digo por eso, sino por lo feroz de sus persecuciones.

—Señor, soy padre de familia cesante.

—¿De familia cesante?

—No, señor: padre de familia y cesante, cargos verdaderamente incompatibles.

—Bien, hombre, bien.

—¡Ah! si V. los viera! todos en cueros vivos.

—¡Vaya un cuadro repugnante!

—Hablo en sentido metafórico.

Por fin, el ministro por divertirse con el pretendiente le entregó una credencial en el agua.

Su excelencia la llevaba cuidadosamente dentro del sombrero de paja y anchas alas con que se defendía contra el sol.

El pretendiente se abalanzó sobre el pliego, le colocó por una punta entre los dientes y emprendió á *toda vela* el viaje de regreso á la orilla.

Parecía un perro ó un cesante de Terranova.

En la playa de un pueblecillo del Cantábrico he presenciado un duelo.

Entre los dos contendientes se cruzaron hasta veinte balas.

Hay sucesos providenciales.

Ambos señores salieron ilesos del tiroteo.

Los que resultaron heridos fueron: los testigos, el patron de un bote y seis pescadores más.

Es verdad que tiraban bien los dos combatientes.

En la playa se renueva la sangre, se respira.

Un caballero que vive constantemente en ella, me recomendaba hace pocos días:

—Creáme V.: la primera condición para vivir es esa; *mucha playa, mucha playa*.

EDUARDO DE PALACIO

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

I

LA TELEGRAFIA ELÉCTRICA EN LAS OPERACIONES MILITARES

Es tan natural que se haya tratado de utilizar las líneas telegráficas existentes para la trasmisión de órdenes y la comunicación rápida entre varios cuerpos de ejército, que casi todas las naciones europeas han creado un servicio especial de telegrafía militar.

Hácese datar del año 1857, época de la conquista de la Gran Kabila por el mariscal Randon, la primera aplicación que han hecho los franceses de la telegrafía ambulante. Durante la guerra separatista, los americanos hicieron constante uso de este sistema de cor-

responsabilidad para el servicio de los ejércitos en campaña. En 1870 y 1871, las tropas alemanas fueron acompañadas, desde el principio de la guerra, de brigadas de telegrafistas perfectamente ejercitadas en la instalación de líneas y en su funcionamiento, que no tenía solamente por objeto las operaciones puramente militares, sino el suministro de material. Véanse algunos detalles interesantes que el ingeniero alemán von Chauvin dió acerca de los resultados de la telegrafía militar prusiana durante la guerra de 1870.

En Prusia se había instruido en el servicio de la guerra, durante la paz, á numerosos empleados sacados de las oficinas de la administración civil. Poco después de romperse las hostilidades, trescientos telegrafistas estaban dispuestos á partir con la vanguardia del ejército, y en breve quedó establecida una comunicación con la retaguardia. El cuerpo telegráfico estaba provisto de aparatos del sistema Morse, y nunca hizo uso del *parleur*. La brigada que iba con la vanguardia llevaba postes ligeros y alambre de cobre, utilizando también alambres aislados ó cables tendidos en el suelo, ó bien colgados según lo exigía el trayecto. Los aparatos Morse pesaban casi lo mismo que los del servicio civil.

Otra brigada colgaba de postes de pequeña dimensión una línea menos ligera, por la cual se transmitían los telegramas pidiendo á Prusia víveres y municiones de guerra. Una tercera brigada de telegrafistas, que seguía á la retaguardia en su avance por el territorio francés, cambiaba las líneas provisionales de la segunda brigada en líneas definitivas de la misma fuerza y dimensiones que las empleadas por el gobierno. La utilidad del telégrafo quedó sobre todo manifiesta en los asedios de ciudades y fortalezas. Un perimetro de unos 150 kilómetros de líneas telegráficas rodeaba á París, comprendiéndose fácilmente que tan considerable espacio no habría podido estar acordonado por soldados. De este modo se establecieron dos líneas de hilos aéreos lejos del alcance de los proyectiles franceses: cada una de ellas tenía cuatro hilos que ponían en comunicación á veinticuatro estaciones, y por los cuales se cursaban diariamente millares de despachos al rededor de París. El emperador de Alemania confesó á Moltke que *á no ser por el telégrafo no hubiera sido posible poner sitio á París ó mantener el de Metz por tanto tiempo*. Otra de las ventajas del telégrafo fué la que tenía relación con el suministro de víveres y el empleo del material. Todas las subsistencias de aquel inmenso ejército se sacaban de Alemania, porque en los países invadidos no se podía encontrar el número suficiente de raciones.

Casi todos los ejércitos europeos tienen organizado hoy, como hemos dicho, su servicio telegráfico, y en la Exposición de Electricidad han figurado modelos de los aparatos, carruajes, y demás objetos de material adoptados al efecto. La instalación de una línea telegráfica militar comprende un corto número de operaciones, como transporte y tendido de hilos, colocación de postes si la línea es aérea ó instalación de estaciones. América y Suecia emplean tres carruajes para estos objetos, uno para llevar el alambre ó los cables, otro para los postes con sus aisladores, y otro para los aparatos de estación. Bélgica sólo usa uno, pero únicamente para el caso de establecer una línea directamente en el suelo, sin postes; y está dividido en tres compartimientos, ó sea un cupé descubierto, la estación y el punto en que van colocados los cables.

La operación de desenrollar y tender los hilos se suele hacer automáticamente. Un torno puesto en movimiento por las ruedas va soltando el hilo á medida que el carro avanza. Los carruajes ingleses destinados á los telégrafos de campaña tienen dos hileras de tres carretes de hilo que giran por medio de poleas cuyo eje está en comunicación con uno de los del vehículo. Estos carretes están colocados á la zaga; en la parte anterior del carro hay unas cajas que contienen la pila, el *parleur* y el galvanómetro; por último, en el espacio longitudinal comprendido entre la dos filas de carretes se acondicionan 20 pos-



ENTRE SCILA Y CARIBDIS, cuadro por L. Hoffmann

tes ligeros de hierro formados de partes que encajan unas en otras, y que se sacan como los tubos de un anteojo de larga vista, cuando hay que plantarlos en el terreno.

Hé aquí cómo se instala en Francia una línea telegráfica militar. El material se compone de *carrros-estaciones* divididos en dos compartimientos, uno de los cuales sirve de estación y el otro contiene ocho carretes cuyos hilos tienen 16 kilómetros de longitud, de manera que cuando hay que montar una línea mas larga, acompañan á dichos carrros unos carretes porta-carretes en los que se pone, además de los hilos, las lanzas y las herramientas necesarias para instalar la línea. Cuando esta se ha de establecer en país montañoso, inaccesible á los carruajes, se lleva el material en mulas, y para desenrollar los hilos se hace uso de carretoncillos de una sola rueda en los cuales se colocan las bobinas.

A cada brigada de construcción están adscritos un sargento, dos cabos y doce individuos. El sargento traza la línea, y los soldados se dividen en tres grupos, uno de los cuales abre los hoyos para las lanzas cuando la línea es aérea; el segundo desenrolla los hilos y hace los empalmes, y el tercero sujeta el hilo á las lanzas y las hinca en tierra.

Nada hemos dicho de los aparatos usados para la transmisión de los despachos. Por lo común son del sistema Morse; sin embargo, en los Estados Unidos se recibe *al oído*, es decir, se usa como receptor el aparato acústico llamado *parleur*, empleado por lo general en todas las estaciones americanas. Sin ser mucho más sencillo ni menos voluminoso que el Morse impresor, el *parleur* adolece de un grave inconveniente en campaña, cual es el

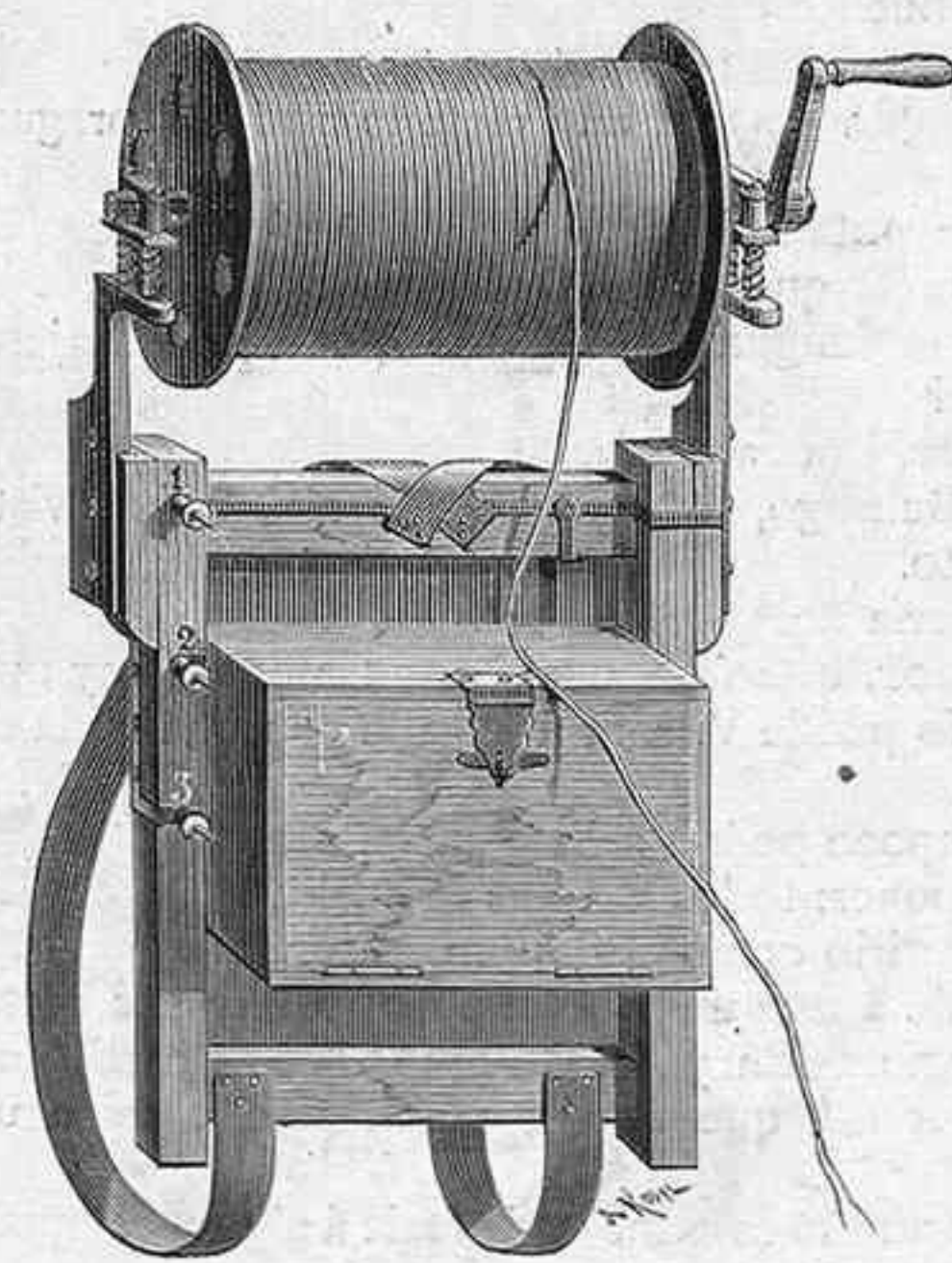
constituyen las dos estaciones. Cada uno de ellos está provisto de una pila y de un aparato manipulador y receptor. La línea está constituida por un cable de dos hilos, enrollado en un grueso carrete fijo en la parte superior de una especie de aparato que el soldado lleva á cuestas como el morral reglamentario. Debajo del carrete, cuyo hilo se vá desenrollando á medida que el soldado avanza, hay una caja que contiene la pila (pila húmeda del sistema Daniell). El oficial lleva otra semejante á modo de cartuchera.

Para ponerse en comunicación, cada colateral coge su aparato del que parten tres hilos conductores, uno que lo enlaza con la pila, y los otros dos empalmados á los dos conductores de la línea. El grabado que insertamos representa el *parleur*, que comprende un manipulador Morse, fijo al exterior de una caja en forma de reloj, y dentro un electro-iman con su armadura. El manipulador se maneja fácilmente con la punta del dedo índice de la mano derecha, mientras que con la izquierda se sostiene la caja. Los signos Morse transmitidos así por la línea producen movimientos análogos en la armadura que, dando contra un botón puesto en el fondo de la caja, produce una serie de golpecitos secos, cortos ó largos. Escuchando estos ruidos se puede recibir el despacho al oído.

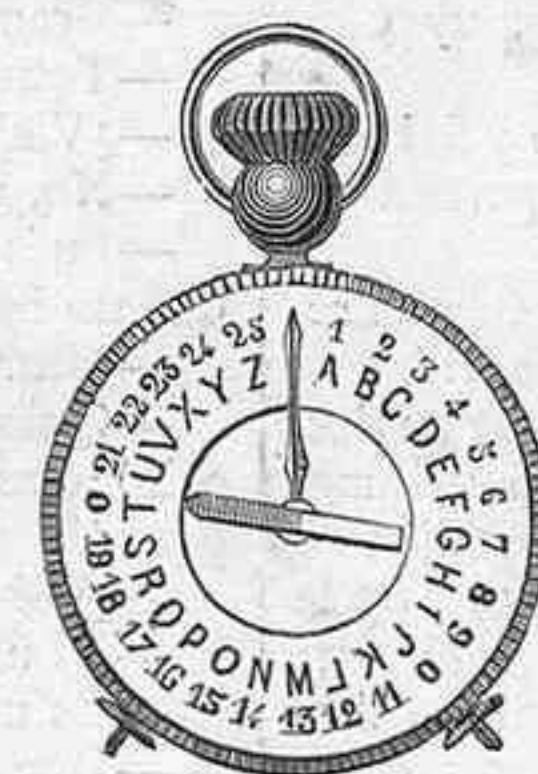
M. Trouvé ha construido otro aparato, al que dá el nombre de *reloj telegráfico*, especie de manipulador-receptor de cuadrante, que se maneja dando vuelta á un botón barnizado, lo mismo que se hace para poner en hora las agujas de los relojes de *remontoir*.

A. G.

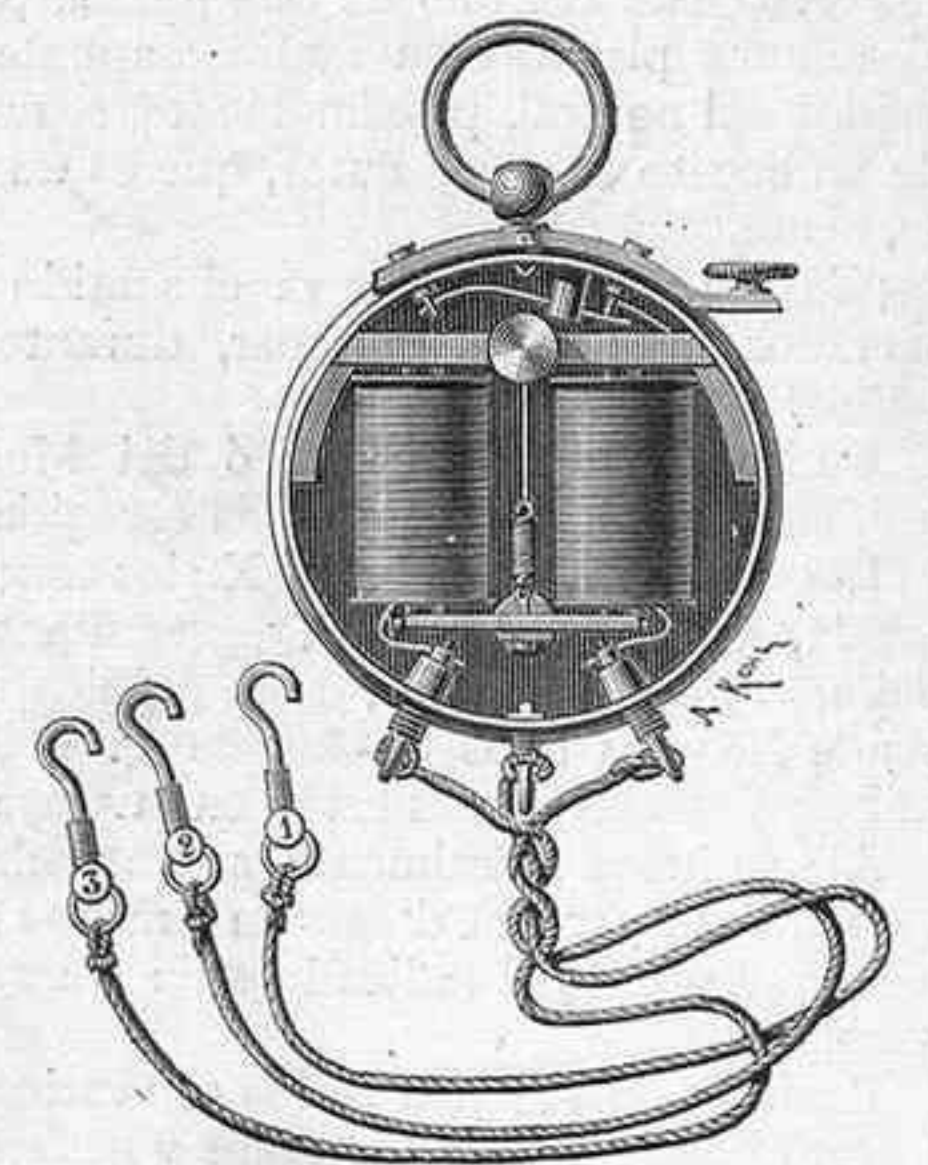
SISTEMA DE TELEGRAFÍA MILITAR TROUVÉ



BOBINA Y PILA PORTÁTILES



RELOJ TELEGRÁFICO



APARATO ACÚSTICO (*parleur*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.